

EL ORDEN DE LOS LOGÓPODOS

DIEGO SÁNCHEZ AGUILAR

Ahora vivo continuamente con la luz encendida. La luz las asusta. Creo que la luz las asusta. Pero solo una vez pude verlas con toda claridad. Fue el día que dejé de escribir. Nunca he vuelto a escribir.

Llevaba todo el día delante de la pantalla, intentando terminar aquel poema. No encontraba las palabras (sí, las palabras se esconden, todo el que escribe sabe esto: se esconden como si tuvieran miedo de ser descubiertas cuando están en su espacio secreto, desnudas). El cursor parpadeaba, como un corazón latiendo. Estaba escribiendo un poema sobre un ser, invisible y enorme, animado solamente por ese minúsculo corazón que es el cursor: ese signo vertical que aparecía y desaparecía sobre la pantalla. Iba a ser un poema épico. Un poema de miles de versos: narraría cómo ese ser descomunal, cuyas dimensiones coincidían con las del universo, nacía y moría a cada instante, igual que el cursor en la pantalla.

Me quedé mirando el latido sobre la pantalla que imitaba una página en blanco. Releí otra vez las palabras que había escrito en más de siete horas de trabajo, dos únicos versos: *Desde incontables puntos cardinales, /las fieras devoraban el silencio.* Y entonces las letras empezaron a deslizarse pantalla abajo.

Pensé en algún sofisticado virus, un virus cruel y ciertamente poético: esas letras cayendo, descolgándose de los alineados versos como una lluvia o como un orquestado suicidio colectivo.

Pero no hay virus que pueda hacer lo que vi a continuación: al llegar al borde inferior de la pantalla, las letras se amontonaron y, silenciosa y diligentemente, salieron fuera, recorrieron a toda prisa el escritorio dispersándose en todas las direcciones y desaparecieron en las sombras. Desde entonces vivo con la luz encendida. La luz las asusta. Desde entonces no he vuelto a escribir.

Cuando me levanto y me miro al espejo, veo cómo se esconden con sus diminutos movimientos de insectos articulados. Dura solo un segundo. Hoy lo llamarían alucinación. Hoy, todas las cosas que pasan en el mundo real, son etiquetadas con una palabra que oculta la verdad. Esquizofrenia. Para-

noia. Psicosis. Alucinación. Raíces griegas, raíces latinas. Raíces, de las que crecen enormes árboles llenos de millones de palabras que nada significan. Árboles de los que cuelgan millones de personas, ahorcadas en un territorio de nadie, a las afueras del mundo. Los vastos campos de lo real. Donde habitan los locos, los colgados, los enajenados colgando de las cuerdas de la cordura ajena. (¿Quién ha dicho eso?, ¿Quién ha escrito esas líneas? ¿Quién está ahí, aquí dentro? No hay descanso: ya están otra vez, jugando dentro de mí; antes yo creía que jugaba con las palabras, ahora las siento jugar conmigo, las siento trabajar aquí dentro. Dentro de mi piel, de mi voz, de mi cabeza. Insaciables termitas, laboriosas abejas.)

Lo que quería decir, lo que intentaré decir, muy rápido, antes de que vuelvan, es que dura solo un segundo; que me levanto de la cama sintiendo sus pequeñas patitas por cada centímetro de mi piel, recorriendo la comisura de mis labios, entrando y saliendo de la boca. Entro en el cuarto de baño y enciendo la luz frente al espejo y todo lo que veo es una huida múltiple y minúscula, una especie de explosión fragmentada y unánime hacia la invisibilidad, hacia dentro de mi piel, de mi cabeza, de mis ojos, mi boca. Me acerco al espejo y observo mi imagen en busca de alguna rezagada, alguna pista, algún excremento o resto. Pero nunca hay nada: poros, pelos, grietas.

Cada noche, sueño con guarderías, con colegios, con espacios llenos de niños que se afanan sobre diminutas mesas. Recorro los huecos entre esas mesitas redondas y veo sus caras concentradas mientras rellenan cartillas. Hojas enteras con la letra *a* repetida veinte, treinta veces, hileras de *emes* ordenadas como hormigas en fila, ejércitos de *bes*, en formación de a cuatro. Letras de colores, hechas de cartón, pegadas a las paredes o colgando de hilos, como arañas enormes que vigilan a sus retoños. Una enorme *r* roja, una exótica *x* amarilla. Recorro en mi sueño esas aulas de niños completamente silenciosos, que dibujan letras y letras con un gesto cada vez más rápido, preciso y laborioso. Ninguno habla. No se miran entre ellos. Trabajan, poseídos.

Cuando me despierto y atravieso los escasos tres metros que separan mi cama del interruptor de la luz de pasillo, puedo sentir cómo se pega a mi cara, a mis manos, a cada centímetro de mi piel que no esté cubierto de ropa, una especie de tela de araña, un tejido frágil pero infinito que se adhiere en forma de cosquilleo, como si esas pequeñas arañas hubieran estado trabajando toda la noche sobre mi mundo, creando un laberinto en el que atraparme, en el que ya estoy tal vez atrapado.

Otras veces pienso que ese roce completamente ajeno, de otro mundo, es una especie de caricia que me dedican, como si quisieran que yo supiera que me aman, que están aquí para cuidarme. Y, a ve-

ces, oigo risas apagadas, susurradas, como si el mundo fuera el pasillo de un manicomio mal insenorizado.